

La novicia

Por D.^a Francisca Carlota del Riego Pica^{*}

En todos los estados de vida hay penosos deberes que cumplir, amarguras que sobrellevar, sacrificios que imponerse, y esto que cada uno sufre, aguanta ó disimula, para las gentes indiferentes ó extrañas suele ser motivo de admiración y quizá de envidia, tan cierto es que las apariencias engañan. Nada más frecuente al ver una madre rodeada de sus tiernos hijos, que alegres y contentos corren y saltan delante de ella con esa gracia infantil que encanta, con esa viveza y travesura que cautiva.

¡Qué felicidad tener hijos tan hermosos!

Pero nadie ve, nadie se acuerda de las penalidades que esa madre habrá sufrido antes de verlos criados, de los sinsabores que tendrá que gustar antes de contemplarlos logrados y establecidos.

Lo mismo sucede con las grandes señoras; la gente que se deslumbra con su lujo y su riqueza, las hace poseedoras de todas las felicidades posibles y aun soñadas, sin pensar que las enfermedades, las contrariedades y las penas son inherentes á la pobre humanidad y ni la riqueza las conjura ni la voluntad del hombre las ahuyenta.

Así al contemplar tras la doble reja de su locutorio la simpática figura de una joven religiosa, el primer pensamiento que cruza nuestra mente es de lástima y de envidia, lástima porque la creemos sacrificada, envidia por la tranquila paz de su retiro; y sin embargo, antes de conseguirla, cuántas borrascas, cuántas tempestades habría agitado el pecho de la casta virgen consagrada a Dios.

Aún recuerdo con cierto sentimiento melancólico la impresión que sentí hace apenas dos años. En una tarde de primavera, hermosa, alegre, templada y apacible; un gentío inmenso se agolpaba á las puertas del templo que por encargo de doña María de Miranda¹ fundó en Madrid el respetable sacerdote don Juan de Alarcon y ocupa parte de la calle de la Puebla dando vuelta á la espaciosa de Valverde, sirviendo de morada á la comunidad de religiosas mercedarias en cuyo recinto se guarda y venera el cuerpo de la beata María Ana de Jesús.

Multitud de carruajes blasonados llenaban la ancha calle, y los transeúntes cruzaban con trabajo por aquel confuso laberinto de convidados y curiosos que hacían punto menos que imposible el tránsito; las campanas tocaban á vuelo, el atrio a través de sus fuertes rejas ostentaba ricos trajes de antigua y delicada labor y el ir y venir, el ruido de los coches y el de las campanas mezclado y confundido con el de las mil conversaciones, avisaba, á los que atendiendo á sus quehaceres acertaban á pasar, que una ceremonia augusta iba a tener lugar en su recinto.

Y así era en efecto, según podía colegirse de la animada polémica sostenida por dos mujeres, vulgo beatas, de esas que están al corriente de todas las funciones, no diré si llevadas de piadoso celo ó de viva curiosidad, y que amparadas de uno de los barrotes de hierro de la gran puerta de entrada pretendían no tan solo ser las primeas

^{*} Texto incluido en *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas*, dirigido por Faustina SÁEZ DE MELGAR. Barcelona: Juan Pons, [s.a.], pp. 248-251.

Disponible en Biblioteca Virtual Cervantes: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/las-mujeres-espanolas-americanas-y-lusitanas-pintadas-por-si-mismas--0/html/00b09a26-82b2-11df-acc7-002185ce6064.htm>

¹ Ilustre dama burgalesa.

en ver llegar á la novicia, pues se trataba de la admisión de una religiosa, sino de conocer á fondo la poética historia que había motivado el cambio repentino de la joven aristócrata que dentro de algunos momentos debía tomar el velo de religiosa mercedaria.

-La digo a usted que jamás pensó en otro esposo que Jesucristo, -decía la una. - Y yo afirmo, -replicaba la otra, -que esa señorita amaba hasta el delirio á su joven prometido y que si la muerte no hubiera roto, antes anudados, los lazos que debieran unirlos para siempre, acaso no hubiera sentido la vocación que la llama al retiro, á la penitencia, á la oración.

-Es lo que dicen de todas las que renuncian al mundo los que no comprenden que puede haber otras aspiraciones, otros goces superiores á las miserias de esta vida.

-Será lo que usted quiera, pero yo afirmo, porque lo sé, que esa señorita se iba á casar y estaba muy enamorada de su joven prometido; por eso fué tal el dolor que le causó su muerte, que renuncia á toda riqueza, posición, fortuna, y se consagra á Dios.

-¿Pretende usted decir que su vocación no es verdadera?

-Líbreme Dios de pensarlo siquiera, pero sí digo que el gran dolor que ha traspasado su joven corazón la ha hecho fijarse en lo percedero y miserable de la vida y poner en otros fines mas altos sus piadosas miras.

-En fin, ya vienen, y después de todo, á nosotras nada nos importa; con que procure usted verla bien y no se inquiete por saber cuáles son los motivos que la impulsan á dejar el mundo y la fortuna.

Esta última frase, que llegó a mi oído casi al mismo tiempo que la portezuela de un carruaje lujoso se abría con estrépito, me hizo fijar la vista en aquella joven tan bella y tan halagada de la suerte, y contemplarla con el interés de la curiosidad y la admiración.

Apenas tendría veinte años, su figura era esbelta y distinguida, su rostro bello y agraciado; estaba con tanto gusto como elegancia ataviada y dudé por un momento si sería posible que aquella jóven ligera y graciosa, que apenas tenía tiempo de conocerlo, abandonase voluntariamente el mundo.

Llevaba un primoroso traje blanco, de rica tela y forma irreprochable, su larga cola barría majestuosamente el pavimento, adornaban su pecho valiosas joyas y su cabeza la corona de azahar y el velete blanco de las jóvenes desposadas y se adelantaba alegre y satisfecha, como si la mas viva impaciencia la aquejase, reflejándose la satisfacción de su semblante y la calma más pura, en sus grandes y hermosos ojos.

El templo donde ya la esperaba multitud de amigos y parientes, apenas podía dar lugar á los que tras ella avanzaban con trabajo.

Hace cincuenta años todas las muchachas que no tenían una buena dote ó las que carecían de los de la hermosura, pensaban en el claustro pretestando una vocación que las ponía á cubierto, si por acaso no encontraban la *media naranja*; las costumbres piadosas de la época, ayudaban a estas equívocas vocaciones, y la que á pretexto de ella solicitaba un dote, encontraba siempre abierta la bolsa de todos para contribuir á tan santo fin.

Muchas había, sin embargo, que la hubieran solicitado para unirse á un pobre mortal de mejor gana, pero esto no estaba en uso, y era preciso estar prevenidas para encerrarse en un convento; esto aparte de lo provechoso que para el alma pudiera ser, tenía además la ventaja de no lastimar el amor propio.

La costumbre, además, de oír hablar incesantemente de religiosas emparentadas con la familia, rara era la que no tenía alguna muy allegada, el constante visiteo á los conventos á causa de esto mismo, hacía también pensar á las jóvenes en la vida monástica que no habían visto mas que por entre las rejas del locutorio y se

figuraban tan vez llena de encantos y sobre todo de golosinas, que siempre les repartían por ellas con profusión.

Así que cuando preguntaban á una pequeña adolescente:

-¿Qué quieres ser tú?

Contestaba con prontitud y singular contento de sus papás:

-Yo, monja.

Y esto que como una gracia se repetía un día y otro, hacía insensiblemente pensar á la niña que oía también sin cesar las alabanzas que se la prodigaban por su santa inclinación, y cuando la gracia se hacía paso y dominaba su tierno corazón, ó cuando los pesares de la vida la hacían sentir sus agudos dolores, su resolución estaba casi tomada y no faltaba mas que llevarla a cabo, llenando á la vez los deseos de su familia que alentaba su vocación con la frecuente práctica de las virtudes cristianas.

Hoy han cambiado las costumbres, y es tal el apego que á los placeres mundanos y sobre todo á la hermosa libertad sentimos, que cuando una joven manifiesta inclinación al claustro, todos la amonestan, todos tratan de disuadirla, y si a pesar de todo se empeña en llevarla á cabo, todos la compadecen.

Se trata, por el contrario, de su casamiento, y si los contrayentes son ricos ó disfrutan de una regular posición, todo es alegría, todo presagios de ventura, sin ver los millares de matrimonios desgraciados que atraviesan por el mundo arrastrando una existencia sembrada de disgustos y contrariedades; nadie al verlos al piè del altar se acuerda de tantas mujeres que lloran olvidadas y lamentan su mala elección, viéndose unidas para siempre á hombres brutales, groseros ó viciosos.

Esos mil maridos que reniegan de su suerte por haber tropezado en sus camino con mujeres frívolas, descuidadas ó coquetas, sin embargo, al ver ante las gradas del altar una joven pura que se va á ofrecer y consagrar á Dios un corazón sin mancha, una conciencia inmaculada, un pensamiento exaltado por místicas delicias para el porvenir, y las infinitas virtudes del pasado, todos la compadecen en lugar de envidiarla...

Los majestuosos acordes del órgano llenaron el templo de místicas armonías, la ceremonia comenzó y algunos momentos después entre las nubes de oloroso incienso, subía hasta el trono de Dios la casta plegaria y el solemne voto de una alma pura que había encontrado en su ardorosa fé el valor de renunciar al mundo que la brinda mentidos placeres y goces percederos; familia, afecciones, esperanzas, dones de fortuna, todo acababa para ella, á todo renunciaba con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón.

Confieso que al oír el plañidero doble de la campana anunciando al mundo que aquella hermosa jóven acababa de morir para él, al ver la doble fila de religiosas que con las velas encendidas esperaban á la nueva hermana y salían procesionalmente á recibirla, se me angustió el alma y volví mi pensamiento á los tiempos en que las guerras y los disturbios precisaban á las señoras mas principales á elegir un retiro donde poner á cubierto su honra y su vida.

Salvé en alas de la fantasía la doble reja que tenía delante y me interné en el sombrío claustro, desierto y frío como las vastas galerías de un cementerio; á los ténues reflejos de las espirante luz de la tarde creí ver vagar las augustas sombras de sus piadosas fundadoras que cerraban el paso á mi profana curiosidad, desfilando delante de mi como blancos espectros un centenar de religiosas espantadas de mi atrevimiento, y yo evitando su encuentro avanzaba; avanzaba, á través de las solitarias galerías, y posaba mi atrevida planta en las celdas á la sazón vacías, aquellas habitaciones pequeñas y limpias, pero pobremente alhajadas, aquellos lechos blancos y fríos como la nieve, iguales y simétricos como las aras del sacrificio, la triste y misteriosa luz que á través de las espesas celosías envolvía en dudosa claridad el aposento donde nada

recordaba la vida, donde todo hablaba de la muerte, los martirios de los primeros padres de la Iglesia, la venerada imagen del Crucificado, que adornaban las paredes, la mesa ó el reclinatorio, los libros santos que se hacinaban en monton, el canario que piaba melancólicamente en su dorada cárcel, no menos prisionero que la santa dueña, el enorme gato que dormía impasible en una pobre silla de paja, alguna maceta cariñosamente cuidada como último recuerdo del mundo que allende las rejas se extendía.

Todo eso, que yo adivinaba y creía ver con los ojos de mi pensamiento, me hizo pensar involuntariamente en los hermosos días de mi infancia, cuando á la hora del crepúsculo volvíamos del colegio saltando mi hermanitas y yo, a quienes siempre esperaba en el balcon nuestra buena madre, que apénas nos divisaba salía á la escalera para recibirnos en sus brazos y prodigarnos sus caricias; los gritos de júbilo que exhalábamos al ver en sus manos una golosina ó un juguete, las alegres risas y los bulliciosos juegos con que amenizábamos las tristes horas de la noche, las caricias de nuestro bondadoso padre siempre dispuesto á complacernos, la animación, en fin, la vida, los infinitos gozos del hogar, los placeres de la familia, los sueños hermosos de juventud, todo se agolpaba á mi mente en tropel como diciéndome: ¡Todo muere aquí!...

Sin darme cuenta de mi misma incliné mi frente con respeto ante aquellas santas mujeres que á favor de la gracia divina se sienten capaces de llevar á cabo tamaño sacrificio y me pregunté si no era por el contrario una envidiable felicidad, puesto que aquella reja que levanta una barrera entre los goces y los placeres de la vida, lo es también contra sus luchas, sus pasiones y sus desengaños, que no llegan jamás á traspasar su recinto augusto.

Si alguna duda pudiera haber abrigado, los rostros tranquilos, frescos y sonrosados de toda una comunidad, hubieran dado un solemne mentís á mis dudas; delante de mí tenía una veintena de mujeres de todas edades, dejando adivinar, ó mejor dicho, pudiendo leer en ellas la paz de la conciencia, la ausencia de las pasiones, la satisfacción de los deberes cumplidos y la mas perfecta tranquilidad.

¡Con qué lástima tan santa no mirarán á través de sus dobles rejas esas piadosas mujeres, á los mismos mortales que apegados á los mentidos placeres de esta vida, deslumbrados por el falso oropel de sus riquezas, corriendo acaso á su eterna perdición y despreciando los inagotables tesoros de ventura eterna, ellas que consagran su vida á la contemplación de las virtudes religiosas, empapadas en esa hermosa fé que ha dado al mundo mas héroes que todos los demás sentimientos que agitan y ennoblecen el corazón de los hombres, ellas, al fin, que aspiran á bienes inmensos é infinitos, y sobre todo con qué piadoso horror no oirán las injusticias, las sinrazones y hasta los crímenes, á que sus ciegas pasiones les arrastran!

¡Qué diferencia tan inmensa existe entre las esposas mundanas y divinas, me dije a mí misma; las primeras tienen que luchar con las necesidades, los contratiempos, las pasiones, las esperanzas y los desengaños mas crueles de toda una familia que está á su cuidado, bajo su égida protectora; las segundas, si bien voluntariamente renuncian á los bienes terrenales, tienen una misión mas fácil de llevar, menos difícil de cumplir, y en último resultado, cuando un día comparezcan ante la presencia de Dios, no tendrán que dar cuenta mas que de sus acciones buenas ó malas, pero la madre de familia si no ha sabido educar y dirigir á sus hijos, si no ha procurado mejorar la hacienda y la condición del marido; qué estrecha cuenta tendrá que dar á ese juez tan severo como justo!

¡Santas y bienaventuradas mujeres que reparten sus horas dulcemente entre la oración y sus pequeñas obligaciones, que tienen la grata misión de pedir á Dios por lo que no siguen como debieran sus santos preceptos, consagradas á la obediencia y la

humildad, y aunque a veces nacidas en suntuosos palacios, aceptan una vida de pobreza y privaciones!

Acaso suelen ser curiosas y preguntonas, jamás murmuradoras, siempre dispuestas á disimular las faltas del prógimo; no tienen otras distracciones, fuera de las santas lecturas, que hacer escapularios y acericos para agasajar á los parientes y bienhechores, visten niños de pasión, labran alguna vez las ropas mas delicadas de la iglesia, se ocupan en confeccionar ya sabrosos bizcochos, como las de Monforte, ya delicados almíbares, como las de San Plácido en Madrid y las de Redondela en Galicia; no saben de política mas que los que las dice el sacristán ó el demandadero, y solo anhelan que la paz de su alma y su convento no se vean jamás turbada, dejándolas vivir tranquilas en su santo retiro y reposar en sueño eterno en el panteón que libremente han elegido.

Con su rostro siempre seráfico, con sus ojos bajos, su actitud humilde y con su sonrisa bondadosa, con su inocente curiosidad que se traduce en cada palabra y se adivina á cada gesto, con sus justas aspiraciones de imitar las altas virtudes de las madres mas celebradas de la regla, con suya tradición nutren un día y otro su inteligencia, excitan su piadoso celo y avivan y exaltan la fé; con su vida igual, con sus oraciones cotidianas, esas santas mujeres que tienen por único objeto ganar el cielo, merecen el respeto y la consideración de que son dignos cuantos como ellas se consagran á una vida de privaciones, de penitencia y de santidad.